

A TRAVES DE DESIERTOS ACUATICOS

Por: **SANTIAGO PEREZ TRIANA**

*Político Historiador
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 110, Volumen 30
197*

"De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco". Comentario de The Daily Chronicle (de Londres) del 3 de noviembre 1902, titulado: "A través de desiertos acuáticos".

Suelen llegarnos a intervalos débiles rumores de guerras y de revoluciones de esa grande e indefinida región llamada Sur América, de la que tan poco sabemos la gran mayoría de nosotros. Ya se trata de una batalla ocurrida en algún lugar que lleva nombre desconocido en nuestros textos de geografía, ya los partidarios del general fulano han vencido a los del presidente zutano; ya una armada, formada por algún desvencijado remolcador, ha estado haciendo de las suyas en algún ancladero ignorado.

Pero los hechos mencionados se yerguen aislados y sin explicación, y los aspectos personales de las palpitaciones de aquella tierra de la intranquilidad permanecen, por lo general, ocultos a nuestros ojos.

Aquí tenemos un libro encantador que trae a nuestra presencia el interés humano que existe bajo las convulsiones políticas de tan escaso significado para nosotros. Allá muy lejos, en los andes orientales, a dos millas de altura sobre el nivel del mar, se extiende una hermosa llanura como un tazón bordeado de picos de montañas; allí está la antigua y extraña ciudad de Santa Fe de Bogotá, capital de Colombia. El camino más corto desde este paraíso en la altura, al mundo exterior, sigue un ferrocarrillito de juguete de unas pocas millas, y luego más de ciento hasta el puerto del río Magdalena, de donde parten vapores hacia el mar. El camino no es lo que pudiera llamarse cómodo, pero es el único que puede hacerse, requiriendo cosa de una semana para ello. Supongamos que se tiene necesidad de salir de Bogotá en busca de otros climas, y que uno no se atreve a seguir el camino usual, ¿qué hacer en tal caso? Tal fue el problema que hace algunos años se le presentó al hijo de un antiguo presidente liberal de la república, en momentos en que su vida o su libertad estaban en peligro; era un hombre culto, inteligente y joven, bien educado en varios países, poseedor con igual perfección de muchos idiomas; pero su gusto y otras causas físicas le habían hecho literato y diplomático más bien que soldado y aventurero, y, sin embargo, emprendió un viaje que desde los tempranos días de los primeros exploradores, muy pocos hombres blancos han intentado. Recorrió a caballo la cima de los montes y descendió por los flancos gigantescos de los Andes a la interminable llanura que se extiende hacia el oriente. Seguido de unos pocos

compañeros, recorrió en botes abiertos el laberinto de vías de agua que se desgajan de las montañas para alimentar el potente Orinoco, y luego, siguiendo el gran río, llegó al mar y se puso así en salvo.

Por tres meses por lo menos, en canoa, de río en río, siguieron los viajeros lentamente su camino a través de inexploradas soledades. Con una buena suerte maravillosa y con la bondadosa cooperación de los indios habitantes de las orillas, estos caballeros civilizados durmieron durante varias semanas sobre el mismísimo suelo, sin más techo sobre sus cabezas que el estrellado cielo tropical, rodeados en todas direcciones por bestias feroces de tierra y de agua.

Con bríos que nunca desmayaron y un buen humor a toda prueba, atravesaron las soledades, que en nada habrán cambiado desde que hace trescientos años Raleigh siguió de igual manera el canal de los brazos inferiores del mismo gran río.

El señor Pérez Triana, había ya narrado su viaje en castellano, y el libro inglés de que tratamos, no es meramente una traducción; en puridad de verdad es una nueva versión del mismo viaje.

El recuento de aventuras, nada tiene de sorprendente, ni que haga coagular de espanto nuestra sangre; pero la narración está hecha con tanto *esprit* y con tanto brío, que se la lee con gusto desde el principio hasta el fin. El señor Cunningham Graham escribe un prólogo característico para el libro de su amigo, y es curioso observar la gran semejanza entre la sátira semicómica, cáustica y algo melancólica que constituye su don distintivo y o que es peculiar del señor Perez Triana, mismo. Por ejemplo, esto que citaremos del señor Perez Triana, pudiera ser escrito por nuestro propio Cunningham Graham. «Pensé: estas tierras y estos vastos continentes vírgenes, en el sentido de que la humanidad no los han explotado todavía, ¿habrán de llegar a ser el último escenario de esa impostura rancia y criminal que ahora se llama civilización? ¿ Habrán de llegar aquí los hombres por millares y por millones a estas llanuras y a estas montañas para establecerse en las orillas de estos ríos, trayendo consigo sus antiguas preocupaciones, sus antiguos convencionalismos tiránicos, los odios que han manchado la Historia de sangre a través de los años? ¿Habrán de levantar en estas nuevas tierras las antiguas iniquidades, llamándolas Patria, bautizando sus crímenes con palabras santas y asesinando en nombre del patriotismo?» .

El señor Pérez Triana, se entusiasma, con justicia, ante las ilimitadas potencialidades del continente suramericano, y en especial de Colombia y Venezuela; se expresa con igual grado de indignación contra las iniquidades practicadas por los gobiernos pseudo civilizados de las repúblicas en las provincias más remotas.

El libro en verdad vale muy bien la pena de ser leído desde cualquier punto de vista que se le tome, ya como un recuento animado de viajes en lejanas tierras, lleno de buenas cosas y de curiosas historias, ya como una descripción seria de tierras vírgenes, capaces de alimentar y de vestir por siglos enteros al exceso de población del mundo occidental, ya como un producto revelador del alma de una personalidad atractiva y llena de *esprit*.

